

EL IMAGINARIO DE IGNACIO DE LOYOLA

AMAR, ELEGIR, BUSCAR

Eduard López Hortelano, s.j.

PRÓLOGO	3
1. AMAR: <i>EL AMOR DE LONH</i> (AMOR DE LEJOS)	13
1.1. Ignacio y la misteriosa dama	13
1.2. Un amor de lejos, un amor no posesivo	15
1.3. Amor de lejos, la visión y la peregrinación	16
2. ELEGIR: <i>EL CABALLERO DE LA CARRETA</i>	19
2.1. La carreta, un símbolo ambivalente	19
2.2. La libertad de Ignacio	20
2.3. Subirse a la carreta	22
3. BUSCAR: <i>EL CUENTO DEL GRIAL</i>	25
3.1. Silencio con consecuencias	25
3.2. Búsqueda interior	25
EPÍLOGO	27
NOTAS	31

*A Michael-Paul Gallagher
compañero jesuita.
Atento en el amar, lúcido en el elegir
y buscador de posibilidades.
A Felix Schaich, amigo jesuita,
revelador de la pregunta:
¿quién dice que el amor es comprensible?*

Todos los que en tu búsqueda andan, te tientan, / y los que
de este modo te hallan, te atan / en gesto y en imagen. / Pero
yo quiero abrazarte / como te abraza la tierra; / con mi madu-
rez / madura tu reino. / Yo no ansío de ti la vanidad / que te
demuestra. / Yo sé que el tiempo / no es lo mismo que tú. /
No ejecutes por mí ningún milagro. / Da la razón a tus leyes,
las cuales, / de generación en generación, / se hacen visibles.
Rainer Maria Rilke¹

Eduard López Hortelano es jesuita, maestro y licenciado en Humanidades por la Universitat Pompeu Fabra (Barcelona). Actualmente estudia teología en la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma).

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • R. de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • tel: 93 317 23 38
• fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas, S.L. • ISSN: en trá-
mite • ISBN: 84-9730-235-4 • Depósito legal: B-44.000-09. Febrero 2010.

La Fundació Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona.

Muchos han afirmado que Ignacio de Loyola es la bisagra entre el medievo y la modernidad. En él se conjugan el caballero de la casa-torre de Loyola y el peregrino en busca de la voluntad de Dios. No obstante, resulta inútil pretender disociar una identidad de la otra: las dos se complementan. Una no queda negada por la otra; al contrario, las dos identidades corresponden al mismo Ignacio de Loyola: el oriundo de las tierras vascas y el errante de insaciable búsqueda para «en todo amar y servir a su divina majestad», auténtico *leitmotiv* de los Ejercicios Espirituales.

Sobre Ignacio de Loyola se han escrito muchos libros y artículos y se han pronunciado eruditas conferencias. No se trata, pues, de intentar tejer una relación causa-efecto entre las lecturas caballerescas y la persona de Ignacio, sino aproximarnos a un imaginario, o lo que es lo mismo, al poder de la imaginación en Ignacio de Loyola. De ahí, el título de este escrito. No se trata de fantasear o de especular sobre si nuestro caballero y peregrino leyó o dejó de leer una obra caballerescas determinada sino de hablar del poder de la imaginación, del intento de ir más allá de la realidad, de “lo real”. John Henry Newman lo expresa lúcidamente en su *Grammar of*

Assent al afirmar que el sentido de la imaginación es hacer posible la experiencia de fe, es decir, hacer presente a Dios en la propia vida de la persona. Por eso y aunque parezca una contradicción para nuestras mentes racionales, la presencia se vuelve ausencia y la ausencia es presencia. El imaginario del cual hablamos es ese tipo de conocimiento que más que teórico es *existencial*, propio de toda sabiduría de vida².

Amar, elegir y buscar

Son esas tres metáforas de la vida, esa sabiduría o talante expresado en unas figuras y unos prototipos latentes ya en

el bagaje cultural de Íñigo López de Loyola, las que pueden iluminar el lenguaje y el contenido utilizado tanto en los *Ejercicios Espirituales* (EE) como en su *Autobiografía* (Aut).

Amar, elegir y buscar es el acorde repetido a lo largo de un testamento ignaciano que no surge de la nada. En la palabra hay una imagen, un icono elaborado a lo largo de sus años de niño y joven caballero al servicio del honor y del prestigio como en tantas novelas de caballerías había leído. Todo un bagaje cultural que trasciende tiempos y lugares.

El «amor de lejos» (*amor de lonh*) del poeta Jaufré Rudel, la “elección” del caballero de la Carreta, después llamado Lancelot, y la “búsqueda” en el caso de Perceval, pueden ser tres conceptos que iluminen *la imago mundi*, la imagen-figura interior con la que Ignacio va experimentando la presencia de Dios en su vida y en su historia personal.

Tres símbolos que encierran un contenido que Ignacio reelabora creativamente después de su experiencia y búsqueda espiritual: en la casa torre de Loyola, durante su convalecencia, en su errar inhóspito desde Aranzazu hasta Montserrat, en su vigilia nocturna delante de la Virgen de Montserrat y en “las noches oscuras” de Manresa. La experiencia de Jerusalén, de estar en la tierra donde nació, creció y vivió Jesús para más imitarle, le abrirá a un nuevo horizonte, a una nueva búsqueda, aún, más profunda. Y es este itinerario el que lo convierte en un místico.

El itinerario vital y espiritual de Ignacio remite a muchas de las cosas leídas en la literatura caballeresca. Él tam-

bién querrá ser un “caballero por Cristo”, militando bajo su Bandera para «en todo amar y servir a su divina majestad».

Presentemos a grandes rasgos las tres figuras:

Amar el amor de lejos (amor de lonh) de Jaufré Rudel

Amor de lohn son palabras que se repiten a lo largo de la poesía *Lanquan li jorn son lonc en mai* del trovador provenzal Jaufré Rudel (siglo XII). Hombre gentil y príncipe de Blaia, viajero a Trípoli, escribió bellas composiciones con el más íntimo deseo de reflejar la conversación y el diálogo perfecto con ese *amor de lejos* que a todo amante le provoca placer. Un amor que trasciende lo puramente carnal. Un amor vivido como peregrinaje –camino hacia el amor– y visión –traer al presente el amor al cual se tiende–, es decir, «el sueño situado en un lugar (el allí), el movimiento de ida y vuelta formulado como peregrinaje y la visión del amor»³. Sin duda alguna, Íñigo López de Loyola experimenta ese amor de lejos en su convalecencia en la casa de Loyola. Ese Íñigo, bombardeado no sólo en la piedad sino en el propio corazón, experimenta una peregrinación interior enraizada en la penitencia y su transformación. No podía ser menos para aquel caballero de Loyola. Y de aquí surge el deseo íntimo de ir a Tierra Santa. En este punto de su historia personal, que el mismo Ignacio describe en la *Autobiografía*, se puede descubrir la faceta trovadoresca tan propia del caballero medieval: el canto al amor que rezuma lealtad y pureza y que, en defini-

tiva, desea ser cautivo de ese *amor de lohn* motivo e impulsor de la peregrinación desde el deseo tan vivo «de hacer cosas grandes por amor de Dios» [Aut. n.14], pensando como siempre solía, en las hazañas que había de hacer «por amor de Dios» [Aut. n.17], «decidido a vivir únicamente del amor de Dios sin apoyos humanos» [Aut. n.35] hasta el gradual descubrimiento de que su amor a Dios está lleno de decisión personal pero carente de humildad, caridad, paciencia, discreción para reglar y medir estas virtudes⁴.

Elegir: El Caballero de la Carreta de Chrétien de Troyes

Chrétien de Troyes nació hacia 1135. Sirvió al conde de Champagne y a su esposa María, hija de Luis VII de Francia y Leonor de Aquitania, gran aficionada a las letras. Después pasó a la corte de Felipe de Alsacia, conde de Flandes, rival de su primer protector. Murió hacia 1190⁵. *El Caballero de la Carreta* parece que fue compuesta entre 1177 y 1181 a propuesta de María de Champagne.

El libro plantea la siguiente situación. Nos encontramos en la fiesta de la Asunción en la corte del rey Arturo: caballeros, damas, el soberano... La visión ideal está configurada por el rey Arturo, la reina Ginebra, Keu (orgulloso, jactancioso) y Gauvain (paradigma del modelo cortés y consejero del rey). La armonía de la corte se ve truncada por un caballero extraño que humilla al rey pidiendo a la reina Ginebra a que alguien le rete. Keu se irrita. Quiere defenderla pero todos saben que fracasará. El *roman* es todo el proceso de

sacrificios del caballero, llamado posteriormente Lancelot del Lago, en busca de su amada Ginebra, prisionera de Meleagant. La novela transcurre rápidamente hasta el preciso momento en que el caballero se encuentra con la imagen de una carreta y la presencia de un enano (verso 352). Lancelot tiene la oportunidad de poder encontrar a la reina pero para ello ha de subir a la carreta, símbolo por excelencia del deshonor, del vituperio, del oprobio, de la vergüenza, y en definitiva de todo aquello contrario a lo que representa ser caballero. De ahí, el dilema entre subir o no subir: tiene que elegir. Hay un carácter infamante en la carreta. Razón y Amor discuten y Lancelot vacila. Victoria Cirlot lo expresa diciendo: «es la vacilación de quien no quiere aceptar la propia cruz»⁶. El deseo de encontrar a la reina y su amor por ella conducen al caballero a subir. La carreta se convierte ahora en camino de amor, quedando su significado trastocado. Carreta y cruz muestran una analogía interesante. La elección será ya una constante en la vida del llamado Lancelot: aquél que tiene que discernir y elegir entre dos vías, dos caminos, dos mundos, e intentar vivir en este mundo aquello «que más le ayude en la prosecución del fin para el cual ha sido criado» [EE 23].

El final de la novela, Chrétien de Troyes lo sitúa en el torneo de Noauz, donde Meleagant amuralla a Lancelot destinándolo a una vida ‘eremítica’. Lancelot ha trascendido todo *eros* por un amor sacrificial a favor de su reina Ginebra. Hay un amor que sobrepasa todo afecto desordenado. Es la gratitud

pura. A partir del verso 6.150 continúa y acaba la obra un discípulo de Chrétien llamado Godefroi de Leigni, el clérigo. Éste da un *happy end* a la historia mostrando a un Lancelot liberado de su prisión y vida eremíticas estableciendo la justicia y la armonía iniciales de la obra al matar al traidor Meleagant.

Buscar: La ‘búsqueda’ de Perceval en El cuento del Grial de Chrétien de Troyes

El Cuento del Grial es el último *roman* de Chrétien de Troyes, comenzado hacia 1180 y que se interrumpió con su muerte acaecida en fecha desconocida. Ciertamente, una obra enigmática. El inicio está marcado por la dedicatoria al conde Felipe de Flandes. Muy al estilo de autores contemporáneos del siglo XX como Italo Calvino, entre otros, Chrétien manifiesta su *intention finis*, su intencionalidad. Y esto en pleno siglo XII resulta genialmente moderno. He aquí el inicio tan revelador:

Quien poco siembra, poco recoge, y el que algo quiere cosechar, eche su semilla en un sitio que le dé doscientos por uno, pues en tierra que nada vale la buena semilla se seca y pierde. Chrétien siembra y echa la semilla de una historia que ahora comienza⁷.

En este caso la complejidad de la novela es más notable que en la anterior. Chrétien sitúa al lector en la «yerma floresta solitaria» (*gaste forest soutainne*). No estamos en un espacio propiamente caballeresco, es un espacio femenino dominado por una madre viuda y un muchacho. En este contexto se produce

el encuentro con un caballero. El muchacho, obsesionado por llegar a ser caballero, quiere saberlo todo sobre caballería, de manera que va dibujándose todo un camino de aprendizaje. Terco en su deseo poco discernido, el muchacho opta por dejar a su madre «caída al pie del puente» (verso 620). Una imagen que ya no abandonará al aspirante a caballero.

En la corte del rey Arturo es calificado como *niche*, *salvage*, *fol*, es decir, como alguien simple y torpe. No obstante, se inicia la transformación del héroe, su peregrinaje de conversión que viene marcado por tres experiencias:

- a. En el castillo de Goornemant, donde es armado caballero y donde toma de repente conciencia de la muerte de su madre.
- b. En Belrepeire, donde el muchacho recibe una formación sobre las armas y el amor.
- c. En el castillo del Grial, donde el muchacho ve pasar un cortejo especial, es el séquito con el grial y la lanza chorreando sangre que se dirige a la curación del “Rey Pescador”. Debido a su desmedida inocencia y por miedo a ser tenido por descortés, es incapaz de preguntar en ese momento el porqué de esa escena. Prefiere esperar a otro momento, pero *tempus fugit* y más tarde ya no podrá preguntar. Es una experiencia fundante para el muchacho que a partir de ahora recibirá el nombre de Perceval, aquel que en su búsqueda *atraviesa el valle*. Perceval, es pues, la figura condenada a la búsqueda por no haber preguntado en el mo-

mento justo y haber negado, en consecuencia, la posibilidad del bien que traía consigo el grial. Esta conciencia el protagonista la asume a partir del diálogo que mantiene con su prima. Olvidado de Dios, Perceval cabalga errante y en absoluta soledad por el desierto, lugar estéril y sin vida. Será en ese lugar y en tiempo de Viernes Santo donde el caballero se confiese y lllore arrepentido sus pecados, relatando el momento del cortejo del grial y su silencio delante de la pregunta sobre a quién iba dirigida la lanza, el grial y el plato (signos de salvación para el Rey Pescador).

La obra concluye con dos episodios, la aventura con la “Orgullosa” y el “Castillo de las Reinas” centrados en la figura de Gauvain y mostrando ya a un Perceval movido por la *sola caritas* y el arrepentimiento, condiciones de posibilidad de retorno al castillo del Grial. Eso sí, si algo ha aprendido Perceval es a estar siempre en búsqueda.

La cuestión del nombre

No podría acabar este prólogo sin mencionar la importancia esencial del nombre, la identidad.

Ya sea en el caso de *El Caballero de la Carreta* como en *El Cuento del Grial*, los dos personajes reciben su nombre en el justo y necesario momento en que optan por una vida vertebrada, ya sea por la elección de renunciar al honor y al prestigio caballeresco por amor, ya sea por la búsqueda como talante de vida.

Antes de este momento, Chrétien se refiere a ellos como el *caballero* y el *muchacho*.

No creo que sea casual. El nombre es la identidad, es la historia, es la persona definida por aquello que le mueve, aquello que siente y piensa. El nombre no es una banalidad. El nombre mueve al ser humano a un crecimiento, a estar en camino, a sumergirse y a encarnarse en un tiempo y lugar concretos.

El nombre trasciende una convencionalidad. Va más allá. Ser designado con un nombre es ser designado como ser en el universo, el *ser-aquí* heideggeriano (*Dasein*), el Hombre proyectado en la realidad del universo con sus pensamientos, con sus opciones de vida, con su plena responsabilidad, libertad y conciencia, es decir, el ser plenamente *Imago Dei*, imagen y semejanza (Gn 1, 26). En consecuencia, tener nombre es ser, reafirmar, reconocer la propia dignidad a la que todo hombre es llamado a respetar y a realizar. Y sin duda alguna, estar sin nombre es ser hombre sin valor (Job 30, 8)⁸.

Es más, sólo es necesario traer a la memoria el horror del holocausto para reconocer cómo ser “sin nombre” es un no-ser, simplemente un número, un color y un “pijama a rayas”.

Veamos las correspondencias entre el momento en que recibe el nombre propio la persona, el momento revelador que posteriormente dará este nombre y sus consecuencias de vida. Lo veremos para los tres ejemplos citados, y también para la figura de Ignacio de Loyola y de Jesucristo.

El Caballero de la Carreta

Nombre dado

Hay una identidad hasta entonces velada. El nombre, el reconocimiento será puesto en boca por la propia reina Ginebra. Hasta ese momento Lancelot es sólo un *caballero*. Al ser pronunciado su nombre, el caballero reconstruye toda su andadura peregrina, su elección al subir a la carreta de la vergüenza y del deshonor movido por amor. La elección ha merecido la pena, la elección por amor ha dado sentido a su vida. Por eso el nombre dado casi al final del *roman* remite a esa experiencia clave de duda y elección.

versos 3650-3700:

– Lo que me habéis rogado –dice la reina– carece a mi entender de malicia y perversidad. No hay sino bien en ello: Lancelot del Lago se llama el caballero, estoy segura [...] Al oír su nombre, Lancelot no tardó en volverse. Gira sobre sí mismo y ve arriba a aquella que en el mundo más deseaba ver.

Momento revelador del nombre

He aquí el momento inicial, de duda entre si subir a la carreta o no. Es momento crucial. El caballero tiene que elegir movido por la Razón o bien por el Amor. Es aquí donde se forja la identidad de quien será Lancelot del Lago.

versos 350-400

El caballero a pie, sin lanza, avanza hacia la carreta, y ve a un enano sobre el pescante, que tenía, como carretero, una larga fusta en la mano; y dice el caballero al enano:

– Enano, ¡por Dios!, dime si tú has visto por aquí pasar a mi señora la reina.

[...]

Pero Razón, que de Amor disiente, le dice que se guarde de montar, le aconseja y advierte no hacer algo de lo que obtenga vergüenza y reproche. No habita el corazón, sino la boca, Razón, que tal decir arriesga. Pero Amor fija en su corazón y le amonesta y ordena subir en seguida a la carreta. Amor lo quiere, y él salta; sin cuidarse de la vergüenza, puesto que Amor lo manda.

Consecuencias de vida

Ya los griegos afirmaban que una vida no reflexionada era una vida que no merecía ser vivida. Lancelot tiene que elegir en un momento específico pero crucial de su vida. Me parece que esto no es nada ajeno a la experiencia de Ignacio de Loyola y de toda persona. Ya ahondaremos más tarde sobre este tema. No obstante, la elección tiene que ver con el deseo y con la acción. Lancelot sube a la carreta de la vergüenza pero movido por Amor. En nuestras vidas, toda acción conlleva una elección, y elegir supone optar, la cual cosa implica renunciar, porque la raíz latina de decidir, *scindere*, significa cortar, re-cortar entre otras posibilidades, igual que hace falta podar un árbol para que crezca en una sola dirección⁹.

El Cuento del Grial

Nombre dado

El muchacho sin nombre desde el inicio sólo tiene una sola idea: querer ser caballero. Pero el gran fracaso en el Castillo del Grial le hace cambiar. He aquí el momento en que recibe el nombre propio.

versos 3500-3600

Él que no sabía su nombre, lo adivina y dice que se llama Perceval el Galés y no sabe si dice la verdad o no, y dice la verdad sin saberlo. Al oírlo la doncella, se levanta ante él y le dice como enfadada:

– Ha cambiado vuestro nombre, amigo.– ¿Cómo?

– Perceval el Desgraciado. ¡Ay!, Perceval, desdichado, qué infortunado eres por todo lo que no has preguntado.

Momento revelador del nombre

Unos versos anteriores a recibir el nombre, el muchacho –que será llamado Perceval el Galés– ha vivido la experiencia fundamental de su vida. Ha visto pasar el séquito del grial, los candelabros y la lanza con la gota de sangre. No se ha atrevido a preguntar por no querer ser desdichado.

versos 3200

[...] y todos los de allí vieron la lanza blanca y el hierro blanco, y desde la punta salía una gota de sangre que corría hasta la mano del criado. Esta cosa admirable vio el muchacho, que allí había llegado aquella misma noche, y se abstiene de preguntar cómo ocurría aquello [...] teme que si preguntaba se lo tomaran como simpleza, y por eso no pregunta nada [...] cuando entró allí con el grial que llevaba, sobrevino tan gran claridad que todas las velas perdieron su luz como las estrellas y la luna cuando sale el sol [...] igual que la lanza, pasaron por delante de él y fueron de una habitación a otra. El muchacho los vio pasar y no se atrevió a preguntar.

El muchacho recibe el nombre de Perceval. Un nombre formado por el verbo *percer* (atravesar) y el sustantivo *val* (valle) e indica el destino que espera a nuestro héroe: una larga actividad como caballero errante hasta que sea merecedor de las aventuras que le corresponden¹⁰.

Consecuencias de vida

¡Cuántas veces no hemos oído hablar de las falsas prudencias! No preguntamos por querer ser sencillos y, sin embargo, queremos tener respuestas al mal, a las injusticias, a la enfermedad. Queremos tener respuestas, en general, a situaciones límite de nuestras vidas o de las ajenas. Pero... preguntarse uno mismo pues, la verdad, no está muy de moda. En definitiva, preguntarse es ser profundo y esto cuesta y tiene además un precio a pagar: la incompreensión de los que se mueven en la superficialidad. Perceval no preguntó en su momento y se vio obligado a salir a buscar «lo esencial que es invisible a los ojos» como repite el principito de A. S. Exupéry. Una vida en búsqueda es una vida que nos adentra en nuestros sentimientos, pensamientos y acciones como tantas veces nos lo repite Ignacio de Loyola en la sólita oración preparatoria de los Ejercicios Espirituales¹¹.

Ignacio de Loyola

Nombre dado

En Ignacio de Loyola y para los primeros compañeros jesuitas es importante la cuestión del nombre. ¿Cómo llamarse? ¿Cómo darse a conocer? En definitiva, es la pregunta por la identidad que habla de quiénes son y a qué se dedican. Hagamos un salto en el tiempo para situarnos en 1537 y en 1550 cuando Ignacio de Loyola y los primeros compañeros jesuitas reflexionan sobre la cuestión del nombre. En Vicenza, a fines de 1537, se propuso la cuestión del nombre. Dice Polanco: «que, tratando entre sí cómo se llamarían a quien les pidiese qué congregación era esta suya..., comenzaron a darse a la oración y a pensar qué nombre sería más conveniente, y visto que no tenían cabeza ninguna entre sí ni otro preposición sino a Jesucristo, a quien sólo deseaban servir, parecioles que tomasen nombre del que tenían por cabeza, diciéndose Compañía de Jesús»¹².

En 1550, la Compañía de Jesús es aprobada como orden religiosa por el Papa Julio III con la bula *Exposcit debitum*. En ella, se encuentra la Fórmula del Instituto: «Todo el que quiera militar para Dios bajo el estandarte de la cruz en nuestra Compañía, que deseamos se distinga con el nombre de Jesús, y servir solamente al Señor y a su Esposa la Iglesia bajo el Romano Pontífice».

Momento revelador del nombre

Detrás de estos dos textos presentados hay una experiencia reveladora personal en Ignacio de Loyola y colectiva como Compañía de Jesús en los primeros compañeros. ¿Qué hay detrás de estas dos declaraciones de intenciones? Una experiencia profunda de Dios en sus vidas vislumbrada en los Ejercicios Espirituales que los primeros jesuitas habían vivido y, confirmada, en la experiencia de oración íntima, que remite a la realidad anunciada por el profeta Oseas «yo soy el Santo, que estoy en medio de ti, y no he venido a destruirte» (Os 11, 9).

Específicamente, Ignacio vive también, como en los casos de Perceval y Lancelot, un cambio renovador en su vida: el cañonazo en Pamplona, su convalecencia en la casa-torre, la andadura peregrina hasta Montserrat, la vigilia de armas delante de la Virgen, su vida en Manresa, etc. ¡Son tantos los momentos íntimos de vivencia de Dios! Pero detrás del nombre de la Compañía de Jesús hay un momento revelador esencial que expresa el deseo de un hombre tocado por el rostro de Dios. Este momento es la llamada visión de la Storta a 16,5 km de Roma que Ignacio describe en la Autobiografía n.96:

Y estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo.

Consecuencias de vida

Para Ignacio, como para los primeros compañeros y para todo jesuita de ayer, hoy y mañana, el nombre de Compañía de Jesús no es simplemente un nombre corporativo, ni el de una benemérita sociedad de hombres altruistas. El jesuita se siente compañero de Jesús, frágil pero llamado a vivir hondamente el *primo Deum*, a desear estar bajo la bandera de la Cruz, a sentirse Iglesia peregrina y caminante con sus gozos y sus sombras. El jesuita está al «servicio de las almas» incluso de la propia y la de sus compañeros con los que vive su vocación como *convocación*.

Jesucristo

Nombre dado

Por lo que también Dios le exaltó sobre todo / y le otorgó el nombre sobre todo nombre / para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble, / (seres) celestiales y los de sobre la tierra y de debajo de la tierra / y toda lengua confiese / que es Señor Jesucristo / para gloria de Dios Padre (Fp 2, 9-11)

Momento revelador del nombre

La cruz como realidad que trasciende todo tiempo y todo momento desde un tiempo y un momento concretos. La cruz exprime con toda su fuerza *la redención del género humano* [EE 107]. El nombre de Jesucristo, su identidad, su fuerza redentora traspasa los clavos de la cruz siendo así la posibilidad trascendental para el hombre de contar seriamente con el único Dios-Hombre¹³.

Consecuencias de vida

El nombre de Jesús. No es ningún título honorífico y si de honor tiene algo es su carga de amor profundo, significativo, reconciliador entre el Hombre y su Creador. El nombre de Jesús reconcilia, sin ninguna duda. El Cristo roto reconstruye lo irreconciliable por el pensamiento y el sentimiento humanos. Humaniza lo deshumanizado¹⁴. Es así como la justicia de Dios se encarna. Una justicia que no es más que la llamada a reconstruir la semejanza de hijos y de hermanos. Una justicia que nos llama a vivir una relación personal con el Inefable que se entrega por amor hasta la muerte y una muerte en cruz. Inexplicable, es cierto. Esto es vivir el misterio de la fe que debería tocar lo más profundo del corazón del hombre y del ser cristiano. ¡Son tantas nuestras confusiones, las ambigüedades personales, las lagunas de desorden interior entre lo que pensamos y lo que hacemos! El nombre de Jesús nos muestra el verdadero rostro humano y, por lo tanto, la dimensión de humanidad en nuestro modo de sentirnos, pensarnos y relacionarnos.

En consecuencia, el caballero Lancelot y el muchacho Perceval, junto al *amor de lejos* vivido por Jaufré Rudel, pueden ayudar a entrar en el mundo imaginativo que ayudó a configurar el modo de estar en la vida de Ignacio: su pasión por la vida, por el

Reino y por Cristo. Sin más, animo al lector a deleitarse en una lectura contemplativa de las siguientes palabras en lo que los monjes llaman *lectio divina* (*theia anagnosis*), alimento y coraje para cada una de nuestras vidas cristianas.

Lanquan li jorn son lonc en mai
m'es belhs dous chans d'auzelhs de lonh,
e quan me sui partitz de lai
remembra.m d'un 'amor de lonh:
vau de talan embroncx e clis,
si que chans ni flors d'albepis
no.m platz plus que l'iverns gelatz

Jaufré Rudel, *Lanquan li jorn son lonc en mai*⁵.

[...] Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio [...]

Ignacio de Loyola. *Autobiografía*, n. 6.

1. AMAR: «EL AMOR DE LONH» (AMOR DE LEJOS)

La primera aproximación al imaginario de Ignacio es, sin duda, el amor que siente por «la más noble de todas las damas» a quien quiere rendir su servicio. ¿Quién es esta señora o dama? El único dato descriptivo es que la «señora no era de vulgar nobleza». Por lo tanto, no se trata de un amor *vulgaris* sino, como decían los autores neoplatónicos, de un amor *caelestis*.

1.1. Ignacio y la misteriosa dama

Es de gran importancia situar este hecho dentro de la trayectoria vital de Ignacio. Él se encuentra convaleciente en su casa, donde su primer deseo de leer novelas de caballerías no puede ser satisfecho. Las largas horas frente al paisaje vascuence las pasa leyendo las heroicas *Vita Christi* y el *Flos sanctorum* que le

inspiran bellos deseos aún no muy discernidos.

El segundo deseo que en él va forjándose, el de querer imitar la vida de Jesús y de los santos, se ve envuelto, tal y como expresa el número 6 de la *Autobiografía*, por la presencia imaginativa de una dama a la cual quiere rendirle honrosamente palabras y servicio.

De esta manera, Ignacio revela su faceta de amante. Un hombre que desea una mujer pero que sabe que su amor es imposible y que, en consecuencia, debe transformarlo en una realidad trascendente y superior. Aquí pueden surgir numerosas cuestiones: ¿Es María esta señora? ¿Es algún amor de juventud?

La rendición generosa y servil del amante a su señora como acto de vasallaje supone una bella forma de amar donde pasión y mística se rozan. Urs von Balthasar lo expresará así: «la buena intención es la débil designación de una realidad mucho mayor [...] para que Dios sea glorificado en todo (San Benito) y acontezca todo para mayor gloria de Dios (San Ignacio de Loyola)»¹⁶.

Ignacio lee en las novelas caballescacas cómo el trovador o el caballero se reconocen vasallos de una Dama elegida. Denis de Rougemont lo expresa como «un amor al amor».

Habría que recordar aquí el pasaje descrito en la *Autobiografía* 15-17. Es el famoso texto sobre el encuentro de Ignacio de Loyola con un moro, «caballero en un mulo» tal y como lo describe. De pronto, empiezan a entablar un diálogo sobre la virginidad de María. El choque de religiones deviene inevitable. Pero el moro marcha y deja en Ignacio un descontento, un desánimo. Aquella alma inflamada en Loyola se pierde en la indignación y la rabia por consentir que el moro hiciese tales afirmaciones sobre su amada. El ultraje, la deshonra aún no entraban en los esquemas de Ignacio. Le vienen deseos de irlo a buscar y darle puñaladas. ¡Quién sabe si matarlo! De Ignacio sale el profundo

amor caballescaco tan leído en el *Amadís*¹⁷ y tan presente en su imaginario. ¿Cómo iba a consentir él, todo un caballero, que el moro insultara a su amada? «El verdadero caballero se dedicaba a una sola dama y prometía serle fiel. Ella poseía una formación culta, sabía cantar, tocar, hacer versos; aparecía ante los caballeros con una superioridad moral; la consideraban árbitro de sus destinos»¹⁸.

No es éste un episodio aislado, el profundo amor a su Señora se irá repitiendo a lo largo de su trayectoria vital: Aránzazu y Montserrat serán dos iconos de la presencia de la Amada que le permiten llegar al Amado. No es de extrañar que en los Ejercicios Espirituales una de las notas predominantes sea la presencia de María como intercesora: aquélla a quien se le pide en los famosos triples coloquios que ponga al ejercitante con Nuestro Señor. O en la «Contemplación del Nacimiento» [EE 114] donde el ejercitante se hace «un pobrecito y esclavito indigno mirando, contemplando y sirviendo en sus necesidades» a Nuestra Señora, a José y al Niño.

El amor a María es tan profundo que Ignacio de Loyola, al iniciar la Cuarta Semana de Ejercicios, y habiendo contemplado los misterios de la Pasión y Muerte de Jesús, sugiere como primera Contemplación la de «como Christo Nuestro Señor apareció a Nuestra Señora» [EE 218]. ¡Qué insólito! Ignacio quiere poner al ejercitante entre el encuentro amoroso de Madre e Hijo. Aquélla que se hizo presente en la Encarnación, aquélla que «guardaba todo en su corazón», aquélla que siguió desde la

humildad y la discreción el camino apostólico de Jesús, aquélla que tuvo que escuchar los gritos pidiendo la crucifixión de su hijo, aquélla que llora, aquélla que está al pie de la Cruz resulta ser el primer testigo de la Resurrección.

1.2. Un amor de lejos, un amor no posesivo

El amor descrito por el trovador Jaufré Rudel es un amor muy presente en Ignacio. Un amor que pretende ir más allá de cualquier tiempo, lugar y hora. Y que en el Peregrino hace aumentar toda fe, esperanza y caridad. Petrarca dedicará a su amada Laura un soneto en el primer aniversario de su amor:

Y bendigo el lugar, el tiempo y hora
/ que a la alteza miré que me sostiene / y a mi alma digo: alegre ser conviene / quien fue de tanto bien merecedora. / De ella te viene el ánimo amoroso / que por seguirle al sumo bien te guía / dejando lo que todo hombre desea. / De ella es el pensamiento venturoso / que al cielo va por más derecha vía, / tal que de una esperanza alta me arrea.

El amor de Ignacio a su Señora le eleva, le lleva a nuestro Señor. Precioso encuentro entre el Hombre y su Creador. Ciertamente, un amor que trascenderá todo límite material. Así se entiende la «Contemplación para alcanzar Amor» de los *Ejercicios Espirituales* o esa comunicación de la que Ignacio habla en el EE 231:

El amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar

y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante; de manera que, si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores si riquezas, y así el otro al otro.

Ese amor de lejos purificado que se mueve entre la visión y la peregrinación como más adelante veremos. Un amor de *lejos*, una comunicación *lejos* de toda posesión. Ya sea en una relación de pareja, en un matrimonio, en nuestras múltiples relaciones afectivas...debemos ser conscientes que quien ama «vuela, corre y se alegra, es libre y no embarazado. Todo lo da por todo; y todo lo tiene en todo; porque descansa en un Sumo Bien sobre todas las cosas»¹⁹.

El amor de lejos proclamado por Jaufré Rudel, *l'amor de lonh*, no tiene nada que ver con la posesión sino más bien con la comunicación más sublime, como manifiesta Ignacio de Loyola. Tanto el trovador Jaufré como el mistagogo Ignacio tuvieron que aprender mucho sobre el amor, pues no es tarea fácil «amarse de igual a igual: esto es quizá lo más difícil que nos ha sido encomendado, la tarea suprema, la prueba y el examen últimos, el trabajo para el que cualquier otro trabajo es sólo preparación»²⁰. De hecho, Ignacio de Loyola luchará a lo largo de su vida para purificar su amor de toda «vanagloria», «todo afecto desordenado», como afirma el inicio de los *Ejercicios Espirituales*, es decir, de «todas aquellas pequeñas o grandes telarañas» que esclavizan nuestro corazón, nuestra esencia de humanidad y nos impiden ser personas, hombres y mujeres capaces de amar.

Me acuerdo que un día, que iba en metro, me detuve a observar las personas que estaban enfrente de mí. Un hombre de mediana edad, dos jóvenes turistas mirando un mapa de la ciudad y un señor mayor con su nieto de dos o tres años. Casi todas las personas de mi alrededor miraban con ternura a ese niño. Él respondía con afecto infantil, claro está. Todos intentaban ser afables con aquel niño del que esperaban sólo una sonrisa. Pero una persona movida por un deseo de posesión quiso acariciarle y tomarle en brazos. El niño rápidamente empezó a llorar ante el desconocido: la ternura, el espacio de amabilidad, se habían roto por la posesión.

Me parece un símbolo de la realidad que vivimos en nuestras vidas.

El amor en plena profundidad se ve truncado por el afán de posesión, que precisamente rompe ese *amor de lonh*, esa posibilidad de recrear el deseo de infinitud.

El “amor de lejos” rudeliano converge con el deseo de Ignacio de purificar todo desorden del afecto a fin de que el ser humano, la persona, viva plenamente su sentido sin ligaduras ni opresiones y “viva en abundancia” el encuentro cara a cara con el Inefable, con el Rostro de Dios que nos descubre, nos desvela nuestro rostro humano. Y es que amar, como afirmaba Rilke, es la más sublime de las tareas de la persona.

Y yo añadiría, además, el amar es lo más sublime del ser del Hombre porque «el que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor» (1Jn 4, 8) ya que lo más sublime del ser de Dios es amar.

1.3. Amor de lejos, la visión y la peregrinación

En mi vida de jesuita he podido encontrar diferentes personas en diferentes lugares y tiempos. Uno va aprendiendo no a des-afectarse de personas y situaciones sino a vivir en des-posesión. El amor proclamado por Jaufré Rudel tiene que tener una distancia, con un espacio y con un tiempo. Ignacio de Loyola crea también esa distancia para purificar el corazón del hombre, fruto de su experiencia vital. Esa distancia, ese “amor de lejos”, precisamente son los Ejercicios Espirituales²¹. Una distancia dibujada por la *visión* y por la *peregrinación*.

En primer lugar, *una visión*. Para poder ‘desear amar’ nos tenemos que sentir amados, sobre todo, nosotros mismos. Esto no es egoísmo. Tampoco me gusta llamarlo autoestima, es demasiado psicológico. Hay un amor a sí mismo que también habla de tomarse tiempo y espacio para reconocerse, para sentir todo el potencial que llevamos, «como en vasijas de barro, para mostrar que ese poder tan grande viene de Dios y no de nosotros» (2 Cor 4, 7). Amarse es necesario para la visión de la reconciliación a la cual estamos llamados, para vivir pacíficamente con nuestras incoherencias, nuestras ambigüedades y nuestros límites. Quizás asumiendo también las heridas de un pasado que nos hace sufrir. La visión del *amor de lejos* de Dios habla de una ausencia que se hace presencia, es decir, la predilección de Dios por el Hombre porque para Él es un ser especial.

Y mediante este movimiento interno, la persona entra en otro tipo de vi-

sión: la vida de Cristo. Así se entiende, sin duda alguna, la repetida petición de los Ejercicios «demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga».

Como Jaufre Rudel, Ignacio muestra ese “amor de lejos” que cambia a la persona, haciéndola más libre. Para ello es necesario reconocerse como hijo e hija de Dios y hermano y hermana del mundo que le rodea.

En segundo lugar, *una peregrinación*. Rudel con su *amor de lonh* no sólo muestra la visión sino el tema del ‘viaje’, la peregrinación como posibilidad de acercar la distancia del amor. La vida de Ignacio es todo un peregrinaje y los Ejercicios Espirituales son ese viaje de purificación, de *metanoia*, conversión y salvación. Es el camino para vivir plenamente el amor que se ha de vivir más «con las obras que no con las palabras» ya que en cuestión de amor, la palabrería no tiene cabida. Por eso, el final de los Ejercicios Espirituales no es un final cerrado, ni tampoco un *final feliz*. De aquí que la Contemplación para alcanzar amor (EE 231) recuerde a la persona la dinámica de libertad y gratitud a la cual ha sido llamada durante toda *la visión y peregrinación*, los dos ámbitos del amor de lejos. Por este motivo, este amor debe ser vivido en lo cotidiano de la persona. Un amor de lejos vivido desde la memoria del perdón, del perdonarse y del perdonar porque «el

perdón habla de una originaria bondad del hombre, recuerda que el mal no es la última palabra porque precisamente no es constitutivamente la primera»²².

No puedo acabar esta breve aproximación al *amor de lejos* sin mencionar como esta vivencia del amor nos recuerda el deseo de infinitud. El amor de lejos nos abre a la posibilidad de seguir creciendo en libertad, en gratitud en ser *visionarios* y *peregrinos* en esta vida, la única que nos toca vivir con sus gozos y sus sombras. No podemos mal soñarnos. Como dice Emily Dickinson «habitamos en la posibilidad» y vivir así nos debería hacer seres abiertos de miras, seres más comprensivos con nosotros mismos y con los demás.

La poesía de Rilke nos puede ayudar a entender esta vivencia del amor de lejos en Jaufre Rudel y en el imaginario de Ignacio:

Estoy de ti tan lejos / y anhelo ir hacia ti. / Me oyen sólo las estrellas, / que avanzan silenciosas en lo alto. / Y lo que yo te oculto / no puede estar velado / para ellas, pues el alma / en mí contemplan hasta lo más hondo.

Allí leen mis anhelos, / allí esclarece el claro resplandor / el motivo de mis lágrimas, / el motivo de mis penas, / y el deseo, que quisiera / escaparse por los labios. / Me oyen sólo las estrellas / que avanzan silenciosas en lo alto²³.

No se paró allí largo rato [Gauvain] sino que avanza con raudo paso, hasta que volvió a ver, por azar, al caballero, a pie, completamente solo, completamente armado, el yelmo enlazado, el escudo al cuello, ceñida la espada, que había llegado delante de una carreta. Por aquel entonces las carretas servían como los cadalsos de ahora; y en cualquier buena villa, donde ahora se hallan más de tres mil, no había más que una en aquel tiempo.

Y aquélla era de común uso como ahora el cadalso para los asesinos y traidores, para los condenados en justicia, y para los ladrones que se apoderaron del haber ajeno con engaños o lo arrebataron por la fuerza en un camino. El que era cogido en delito era puesto sobre la carreta y llevado por todas las calles. De tal modo quedaba con el honor perdido, y ya no era más escuchado en cortes, ni honrado ni saludado [...] Enano, ¡por Dios! dime si tú has visto por aquí pasar a mi señora la reina. El infame enano no le quiso dar noticias sino que le contesta: Si quieres montar en la carreta que conduzco, mañana podrás saber lo que le ha pasado a la reina [...].

Pero Razón, que de amor se aparta, le dice que se guarde de montar, le aconseja y le advierte que no emprenda ni haga nada por lo que pueda tener vergüenza ni reproche. Razón que se atreve a decir esto, no está en el corazón sino en la boca, pero Amor que está encerrado en su corazón, le ordena [y le aconseja] que suba de inmediato a la carreta. Amor lo quiere y él salta, pues nada le importa la vergüenza, ya que así Amor lo ordena y quiere²⁴.

2. ELEGIR: «EL CABALLERO DE LA CARRETA»

En Mt 16, 24 se advierte, en relación al seguimiento de Cristo y a la construcción del Reino, lo siguiente: «si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». En palabras de R. W. Emerson «el único regalo es una parte de ti mismo». Esto conlleva un sacrificio y una elección. También el Caballero de Chrétien de Troyes es puesto enfrente de una carreta, aquélla que le acompañara a lo largo de su búsqueda. Una carreta erigida como símbolo del desprestigio y del deshonor tan propio de los reos y tan contrario a los grandes valores caballerescos. Por eso, el caballero vacila, duda, mostrándose reticente. Razón y Amor discuten dentro de Lancelot. La voz del honor y del sistema de los grandes valores cortesés le indica que no es el mejor camino, pues subir le llevará a la perdición. Por otra parte, la voz del deseo y del amor lo empujan hacia la Carreta como camino de búsqueda, libertad y amor.

2.1. La carreta, un símbolo ambivalente

Para Lancelot, como en la experiencia de los Ejercicios Espirituales y en la propia vivencia de Ignacio, la elección es objeto de libertad y fuente de amor. La mirada del hombre es puesta en relación con la mirada de Cristo «en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la va-

loración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres [...]. Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios»²⁵.

Igual que Lancelot, aquel que quiera «poner más el amor en las obras que en las palabras» [EE 230] debe enfrentarse cara a cara con su propia realidad

–como aquel Edipo ante la Esfinge– e «imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, preguntarse qué he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo» [EE 53].

2.2. La libertad de Ignacio

Elegir es libertad que sólo se afirma en su uso. De esta manera, «en toda elección, por tanto, el hombre debe comportarse como hijo, como ese hijo que es (hijo siempre único, y como único, unido a cada uno de sus hermanos); debe traducir en la opción que toma la verdad de su ser filial y por lo tanto fraternal»²⁶.

Dos son los pilares fundamentales donde Ignacio hace reposar esta libertad.

2.2.1. Principio y Fundamento [EE 23]

Creo que este himno introductorio del proceso de Ejercicios es ése «respirar vida a pleno pulmón»²⁷. Sin duda alguna, es el canto que mira el mejor de los mundos posibles en el cual vive el hombre –recordando aquella memorable frase de Leibniz. Muchas personas han denominado este texto como la puerta de entrada a los Ejercicios y, ciertamente, adentra al ejercitante a una experiencia de vida y a un ejercicio de libertad respecto a sí mismo y respecto a Dios. Aquí es donde se muestra la relación entre medios y fin que debe sopesar la persona para “salvar su ánima”, es decir, la realización plena de uno mismo, del yo mismo. No obstante, hay que hacer una aclaración. No se trata de una autorrealización al estilo del *homo psicologicus*

proclamado por la postmodernidad. El secreto y la gran aportación, desde mi punto de vista del Principio y Fundamento, es precisamente orientar a la persona a vivir en libertad, encontrarse consigo mismo y con el Dios que le creó a su imagen y semejanza (cfr. Gn 1, 26).

El ejercitante comienza los Ejercicios haciendo memoria de ese amor derramado de Dios hacia él en el mismo acto de la creación y en su historia de salvación. El ejercitante, igual que el Caballero de la Carreta, encuentra un espacio entre la realidad y él mismo. Pasa por el corazón (sentido etimológico de la palabra “recordar”) su condición de “imagen de Dios”, en expresión de González Faus: «semilla de lo filial».

De esta manera, la palabra hebrea “*tselem*” (imagen) adquiere su sentido originario y fuerte en tanto que será una semilla, una huella del amor de Dios que ni nadie ni nada podrá borrar del corazón y de la condición humana. Y aquí es donde radica su libertad. Por lo tanto, «el fin al cual somos criados» es una invitación a vivir en libertad, libres de esclavitudes y desde el más profundo sentirse “imagen de Dios” porque esto es lo que nos aúna como hijos y como hermanos. Así, Ignacio de Loyola expone su visión del hombre, una perspectiva positiva y desde la gratuidad de la propia historia de salvación. Así también, la experimentó el Pueblo de Israel en su relación con Dios, relación materializada en la Alianza.

Con el Principio y Fundamento, la persona renueva y recuerda el paso de Dios en su vida. Se encuentra a sí mismo reafirmando el precioso tesoro del

hombre: su libertad. Algo que más se precia y se valora cuando se carece de ello, tal y como ha sucedido tantas veces en la historia de la humanidad. Recordemos sólo ese prólogo de Primo Levi en *Si esto es un hombre*:

Los que vivís seguros / en vuestras casas caldeadas, / los que os encontráis, al volver por la tarde, / la comida caliente y los rostros amigos: / considerad si es un hombre / quien trabaja en el fango / quien no conoce la paz / quien lucha por la mitad de un panecillo / quien muere por un sí o por un no. / Considerad si es una mujer / quien no tiene cabellos ni nombre / ni fuerzas para recordarlo / vacía la mirada y frío el regazo / como una rana invernal²⁸.

2.2.2. Tres maneras de humildad [EE 165-168] o los grados de amor

En algunas ocasiones he podido escuchar de quienes tienen la misión de acompañar el proceso de Ejercicios cómo estas tres maneras o grados los han denominado “grados de amor” y ciertamente la expresión resulta acertada. El primer grado hace referencia a la Ley de Dios; el segundo remite a la vivencia de Principio y Fundamento y el tercero recuerda la identificación²⁹ de la persona con Jesús y su mensaje de amor y salvación.

– *1er. grado de amor: la Ley de Dios.* A la pregunta sobre el mandamiento principal, el Nuevo Testamento (Mc 12, 28 ss) contesta citando Dt 6, 4ss, parte fundamental del credo judío, la Shema: «Escucha Israel, Yahvé, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás a

Yahvé, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas».

Esta frase resume la idea principal del libro quinto de Moisés: la dedicación total al Dios único. Ningún otro libro del antiguo testamento habla con tal profundidad sobre el amor de Dios ni invita con tal encarecimiento a corresponderle y a disfrutar de sus dones³⁰. Ésta es la Ley de Dios. No se trata sólo de unas prescripciones cúllicas, sino de una respuesta a su amor generoso y gratuito. El Decálogo, de igual manera, sólo se presenta desde el ámbito del *ethos* y no del *ius*³¹. No es una legislación, sino un modo de estar en la vida, un modo de relación con Dios y con los hermanos.

– *2º grado de amor: vivir el Principio y Fundamento.* Ya hemos hecho referencia a este pórtico que Ignacio pone a los Ejercicios Espirituales. Cuando afirma:

El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante ésto, salvar su ánima; todas las cosas sobre la faz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.

Ignacio, en el que late con toda su fuerza la experiencia que vivió en el Cardoner, quiere recordar a la persona esa apertura de ojos. Y no sólo una apertura física.

La pregunta que queda, después de haber estado meditando y considerando las «afecciones desordenadas y pecados» durante la Primera Semana, es si Dios tiene realmente un papel central en mi vida.

– 3er. grado de amor: *identificación con Jesús y el Reino*. Jesús es el camino al Padre y éste nos muestra su amor. Dios es la sabiduría del amor (*intellectus amoris*) en palabras de González Faus. Toda la Segunda Semana de Ejercicios y, en general, toda nuestra experiencia cristiana es un ponerse cara a cara con el evangelio, con Jesús que camina y anda de pueblo en pueblo en constante relación con la gente, necesitado de espacios de silencio y cercano a los más pobres.

2.3. Subirse a la carreta

Con estos tres grados de amor, el hombre recupera su libertad de hijo y de hermano. ‘Humildad’, en palabras de Rafael Argullol, es «vencer y olvidar sinceramente que has vencido» porque ya no soy yo mismo sino en relación con el Otro, con Aquél que ha amado primero. Aquí recobra el sentido de libertad de la frase agustiniana: «Ama y haz lo que quieras» porque en el amor está la elección libre con Alguien y por Alguien.

Florencio Segura sugiere que ya no basta con una primera manera de elegir, la de los sensatos, la de lo políticamente correcto. Ni tampoco una segunda manera: la de los buenos pero con limitaciones. La tercera que plenifica el corazón del hombre y remueve las entrañas de nuestro Dios es la de darse a los otros siempre, sin pasar factura, siendo abanderados del amor.

Al igual que *El Caballero de la Carreta*, en muchísimas ocasiones la Razón molestará nuestro corazón y pensamiento con múltiples objeciones por este modo tan “extraño” de relacionarnos con nuestro mundo. Pero el corazón insta a subir a la “carreta”—para muchos símbolo de locura e insensatez— de un mundo necesitado de aliento y vida.

No estamos en la mañana de la creación del mundo. Hemos heredado un mundo injusto: un mundo al revés. Vivimos en él, no nos gusta, y sabemos que es inviable. Desde el sentido que hemos encontrado, hemos de resistir la lógica de lo inevitable y actuar con fe en que otro mundo es posible. Lo que proponemos es un milagro... pero humanamente posible³².

Tanto la carreta como el seguimiento de Jesús son una “locura”. Por una parte, la locura de la carreta, como diría Gauvain, y por otra, la locura de la Cruz para San Pablo. La locura radica en su doble rostro paradójico, pues al tiempo que es lo ‘más bajo’ (vergüenza, infamia), es también ‘lo más elevado’³³. Es, en otras palabras, lo que expresa Filipenses 2, y que en el caso de Cristo es puro acto de amor al cual el cristiano es llamado a identificarse. Así lo vio un monje de Montserrat que, al conocer a Ignacio de Loyola, lo definió sin más como «loco por nuestro Señor Jesucristo». Una locura de amor y de servicio (cfr. FN, III, 205).

Y el muchacho los vio pasar, y no osó en modo alguno preguntar a quién se servía con el grial, pues siempre guardaba en su corazón las palabras del sensato prohombre. Temo yo que ello le sea perjudicial, porque he oído decir que a veces uno tanto puede callar demasiado como hablar demasiado. Tanto si ello le tiene que traer bien como acarrear mal-yo no lo sé exactamente-, nada pregunta.

Y mientras tanto el grial volvió a pasar por delante de ellos, y el muchacho no preguntó a quién se servía el grial. [...] Pero se calla más de lo que conviene. Ya tendrá ocasión de preguntarlo, se dice para sí y piensa, antes de marcharse³⁴.

Chrétien de Troyes, *El Cuento del Grial*

Todo modo de preparar y disponer el ánimo, para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánimo, se llaman ejercicios espirituales (*EE 1*).

Es más, siempre creciendo en devoción, es decir, en facilidad de hallar a Dios, y ahora más que nunca en toda su vida, y siempre y a cualquier hora que quería hallar a Dios, lo hallaba (*Autobiografía*, 99).

3. BUSCAR: «EL CUENTO DEL GRIAL»

Perceval ve pasar boquiabierto el cortejo del grial y la lanza. Aquello es asombroso y sorprendente, pero en lugar de preguntar y tener respuesta, Perceval se decide por el silencio como si hiciera caso de Wittgenstein, que en su *Tractatus logico-philosophicus* concluye con la célebre frase «de lo que no puede hablarse, sobre ello hay que guardar silencio». Ante ese acontecimiento espectacular, ante el séquito del grial y de la lanza, hay un silencio que habla. Ese silencio expresa la necesidad de una búsqueda continuada pues será más importante el preguntarse que el encontrar la respuesta. Es la dinámica del ser-en-el-mundo de M. Heidegger, esta es la condición fundamental de la existencia (*ec-sistere*, fuera de sí). En el caminar de la vida hay una doble apertura. En primer lugar, un horizonte ilimitado respecto a sí mismo y en segundo lugar, un conocimiento de la relación intersubjetiva.

3.1. Silencio con consecuencias

Desde el silencio del Castillo del Grial, la búsqueda será lo que configure a Perceval para el resto de su vida. Sin duda alguna, en el imaginario de Ignacio de Loyola la búsqueda fue uno de los temas clave y el pilar en el proceso humano-espiritual de los Ejercicios. Él mismo experimentó esa búsqueda, como peregrino en constante movimiento físico y espiritual³⁵. Todo un místico en su intensa «*unio mystica* donde el alma se convierte en su escenario, y la trayectoria del alma a través de la multiplicidad abismal de las cosas en su camino hacia la realidad divina» en

palabras de Gershom Scholem. De este modo, Ignacio no sólo se manifiesta como *homo sapiens* por su condición humana sino que el título adquirido será el de *homo quaerens sapientiam* en tanto que busca y discierne, en tanto que desde su profunda experiencia de Dios, reconoce y relee «los signos de los tiempos» para encontrar qué es lo que Dios quiere de él.

3.2. Búsqueda interior

La búsqueda interior de Ignacio desde el cañonazo en Pamplona hasta su muerte quedará plasmada en el itinera-

rio de los Ejercicios Espirituales. Un recorrido que es búsqueda. No obstante, una propuesta de búsqueda que no es lineal sino más bien en espiral, donde el punto neurálgico de la experiencia de búsqueda es el «Principio y Fundamento» [EE 23] donde el ser humano se autotrasciende para reconocer la relación creatura-creador. El resto de círculos son una constante búsqueda:

– Búsqueda del desorden interior y del mal que imposibilita crear relaciones fraternales y filiales (Primera Semana) y encontrando, al menos en deseo, la misericordia del Dios que da vida y la da en abundancia.

– Búsqueda del servicio bajo la Bandera de Cristo. Búsqueda de los modos, las palabras, los gestos de Jesús a lo largo de los misterios descritos en el Evangelio (Segunda Semana). Así, aquel que busca con sosiego pueda ir recibiendo ese «conocimiento interno del Señor» que a lo largo de este tramo del camino se pide repetidamente.

– Búsqueda de un apasionamiento en el seguimiento de Jesús (Tercera Semana). Una búsqueda que conlleva la cruz, la incomprensión y el sufrimiento. Es una de las experiencias fundamentales de aquél que se encuentra en búsqueda, ya que acaba pudiendo reconocer, como hizo el centurión romano, que

el Mesías, el Hijo de Dios, es el Siervo de Yahvé, el mismo Jesús puesto en cruz.

– Búsqueda de la fuente de salvación y restitución (Cuarta Semana) en los efectos de la Resurrección. Una búsqueda de la Irradiación que traspasa las marcas de los clavos de la cruz.

Si el punto central era el Principio y Fundamento, la espiral queda abierta. Jamás puede estar cerrada. Así es vivir en búsqueda. La Contemplación para alcanzar Amor [EE 230] es esa apertura al infinito encarnado en las cosas y las personas, una llamada a descubrir la pisada de Dios en lo cotidiano del ser humano, de aquél que busca y desea encontrar.

Perceval no encontró nunca el grial ni la persona que lo llevaba para poder realizar aquella pregunta silenciada en su momento como el texto nos lo describe. Ignacio de Loyola deja abierta esa pregunta también tanto en el itinerario de Ejercicios como en su propia vida. Es el deseo de Infinitud. Es el deseo de no querer atrapar con nuestra razón el misterio de la vida, el misterio de nosotros mismos y el misterio de Dios.

Estar en búsqueda es preguntarse, es estar abierto a ser tocado por la más profunda de las gracias: la gratitud de Dios.

Ignacio no deja de ser el peregrino, ese caminante que siente la luz clarificadora, la intensidad de amar y de entregarse al prójimo, especialmente a los más desfavorecidos. De igual manera, ese caminante está necesitado del hilo de Ariadna para salir del laberinto al cual la misma vida nos conduce.

Encontrarse consigo mismo viviendo abierto a una realidad que supera al mismo hombre, es una actitud ya presente en el viejo Homero al escribir el viaje de retorno de Ulises a su tierra, en *Las coplas* de Jorge Manrique o en las bellas palabras de Machado: «caminante, no hay camino, se hace camino al andar». Aquél que fue bombardeado por el cañón, fue alcanzado por Dios en la incesante pero no fácil tarea de crecer y de buscar la voluntad de Dios. La formulación que de ello hace Ignacio son los Ejercicios, legado para todo cristiano y para la misma Iglesia Universal.

Amar: entre un bucolismo desencarnado y una banalización placentera

Amar nunca ha sido fácil. O bien se ha elevado a un sentimiento o emoción sublimes, o bien se ha reducido al humorismo y a la trivialización³⁶. En el amar toda la persona se aboca. Es una entrega apasionada y, por esta razón, sucede que es complicada. En el amar, sin caer en la obsesión patológica, la persona se pre-ocupa, en el otro, en el prójimo. Hay un apasionamiento que crea vínculos de una común unión. Tres escenas del evangelio ayudan a vislumbrar este sen-

tido profundo y fértil de la palabra “amar”.

María y Elisabeth (Lc 1, 39-45)

Dos mujeres movidas por amor. Y un amor que trasciende el vínculo familiar. Un amor que nace de las entrañas, de lo más profundo de nuestro ser, fruto de la experiencia de Dios. María, después del sí a la voluntad de Dios, se dispone a visitar a su prima. Y en ese encuentro es donde se visibiliza la alegría de un apasionamiento.

No es un saludo cualquiera. Es fértil y fecundo. Lo viejo y lo nuevo se abrazan para justo después cantar el Magnificat, evocando aquel canto de Ana, la madre de Samuel, que recoge el Antiguo Testamento.

Amar es recordar, es recrear desde esa experiencia de Dios que no deja impasibles a quienes se acercan con sencillez y humildad. No es un amor de diseño, sofisticado o hecho de apariencias.

Jesús al servicio del amor (Jn 13, 1-20)

El pasaje empieza con un tono bien solemne. «Él los amó hasta el extremo». ¿Fundamentalismo? No. ¡Ojalá se amara hasta el extremo! En el extremo del amor no se puede caer en fundamentalismos ni radicalismos. Es imposible, conceptual y prácticamente. No obstante, en esta situación son importantes dos elementos que a veces pueden pasar desapercibidos. Jesús se desprende del manto de la autoridad, el Talid, para acoger la toalla del servicio humilde propio del esclavo en aquel tiempo.

Así es, amar hasta el extremo es desprenderse de una autoridad reconocida

para acoger una autoridad diferente. Amar es desprenderse para acoger. Aquí radica ese extremo. El buen samaritano se desprende de sus preocupaciones y de su camino para acoger aquél apaleado por la vida y por la injusticia. El buen padre se desprende de sus reprimendas para acoger al hijo que vuelve a la casa arrepentido.

Jesús y la sed de humanidad (Jn 19, 28)

En la Cruz, contemplando la ciudad, contemplando al pie de la cruz a su madre, María, y al discípulo amado, en el último aliento de vida, Jesús expresa que tiene sed. En los brazos de la Cruz, Jesús ama, Jesús tiene sed de humanizar, de reconciliar a toda la humanidad deshecha por tantas realidades opresoras de lucha y de mal que destruye. Amar es reconciliar, es restituir, es ser fuente de salvación. Amar es desear esa sed de Dios para recrear espacios y tiempos que hablen de fraternidad y reconciliación.

Nótese que amar supone cruz. ¿Dispuestos a desear amar profundamente? Al menos, que el deseo de desearlo no cese, sino que se alimente firmemente.

Elegir: entre un “todo vale posmoderno” y la alienación de la sociedad

El Caballero de la Carreta tiene que elegir entre dos opciones: subir a la carreta y arriesgarse a lo que alguien pueda decir o pensar o bien seguir acomodado no haciendo caso a lo que verdaderamente le mueve: el amor por la reina Ginebra.

Ignacio de Loyola tiene que elegir, mientras vive la convalecencia en su casa-torre, entre aquello que le “llena” y aquello que le deja “vacío”.

El mundo actual se mueve por lo nuevo y lo sofisticado, lo impostado y lo teatrero. Todo vale. En la sociedad que se autoproclama y proclama las libertades de derechos y deberes, de expresión y de igualdad, también es donde late con fuerza una alienación muy profunda de falta de libertad.

Si se elige, se tiene que descartar opciones. El lema publicitario que mueve ciertas realidades es: pruébese todo y después elija. Es una falacia. De hecho, es la seducción del mundo del consumo donde lo nuevo es lo bello y la renovación ha de ser constante. El dicho ya lo dice: “renovarse o morir”, cuando, tal vez, sería mejor decir: “renovarse y morir”. Porque en el efímero movimiento del bienestar, de los viajes, de las diversiones, de las novedades, el ser humano se desconcierta. El vacío se hace cada vez más profundo aunque en su interior se autoengañe afirmando que ésa es su libertad.

Ciertamente, elegir no está de moda. Y es que, tal vez, tampoco sepamos elegir. Se conocen muchas cosas pero hay un vacío de sabiduría para saber decir sí o no. Una sabiduría de criterios de discernimiento. Y en el saber decir sí o no, saber reconocer sus consecuencias. En algunos casos es posible que sean incomprendimientos, fracasos, en otros, ilusiones y motivaciones.

Ejercer la libertad no es admitir que todo vale. Quien así lo ha creído o entendido ha llevado a gulags, holocaustos, totalitarismos, guerras mundiales de

un bando y de otro que, en cualquiera de los casos, han destruido miles de vidas.

Elegir no es fácil. Pero en la dificultad se encuentra una sabiduría de pensamiento, una profundidad de vida.

Buscar: entre la seguridad de las realidades bienestantes y el vacío de un sinsentido

Tampoco estar en búsqueda es fácil. Ni tan sólo consiste en cuestionarse continuamente el porqué de las cosas. Estar en búsqueda es una actitud de fondo. El mundo late con fuerza. Estar en búsqueda es salir de nuestro ser atomizado por las ocupaciones individuales para ir a una pre-ocupación por el o(O)tro. La única referencia no es la propia imagen sino el icono de la alteridad.

Y aquí es donde radica el ser profundo de las cosas, el preguntarse por qué, cómo, quién. ¿Habrán respuestas? Puede ser que sí o puede ser que no. Lo fundamental es vivir con esta tarea.

¿Y de qué se trata? De una búsqueda espiritual que no espiritualista. Una búsqueda del deseo de Dios presente en nuestra humanidad. Una búsqueda inagotable, sin problemas de sequedad. El agua nos la da Él, presente en el pozo de la vida. Es difícil la tarea de buscar cuando nuestra realidad es querer controlar y conocer la finitud de la vida. Es difícil la tarea de buscar cuando nuestra realidad es vivir en *carpe diem* entendido como la despreocupación por un proyecto de vida. Es difícil la tarea de buscar cuando uno se encuentra satisfecho de todo y, a la vez de nada. Entonces, ¿para qué buscar?, ¿cómo crear la necesidad de búsqueda?

Perceval tuvo alguien que le instó a buscar, durante lo que le quedaba de vida, el grial. Ignacio de Loyola también tuvo las mediaciones que despertaron sus deseos: la vida de los santos y la vida de Jesús, el mismo camino de peregrinaje, su estancia en Montserrat, la noche oscura de la vigilia de armas, su confesión general, los vaivenes espirituales y físicos en Manresa, las relaciones humanas que fue haciendo... hasta el mismo hecho de presentarse al Papa y denominar al grupo formado Compañía de Jesús. Estar en búsqueda es reconocer la gloria de las propias limitaciones, como afirma San Pablo.

La búsqueda del deseo de Dios nace justo cuando nuestra autonomía no coincide con la autosuficiencia sino cuando reconocemos que somos “imagen y semejanza” pero no únicos.

Para concluir, sólo quisiera acabar con un bello mito. Teseo, el héroe griego, debe adentrarse en el laberinto para encontrar el Minotauro. Lo que él no imagina es que Ariadna, la que más le ama, con ayuda de un hilo, podrá guiar de nuevo al amado hacia el exterior.

No deja de ser una metáfora de vida. Ignacio, igual que Lancelot, el Caballero de la Carreta, opta por preferir «los caminos tortuosos para llegar a la verdad», en palabras de Nietzsche.

Todos estamos llamados a adentrarnos en la vida confiados que Dios es ese hilo de Ariadna que nos interpela y nos ayuda a descentrarnos, a «salir del propio amor, querer e interés» para siempre amar, elegir y buscar.

Toda una aventura: la más noble odisea y la más humilde tarea.

1. R. M. RILKE, *Antología poética*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral 51, Madrid, 1982.
2. Se podría hablar de una interioridad existencial (*existential interiority*) ya que como propugna Newman «al corazón se llega comúnmente no a través de la razón si no de la imaginación».
3. V. CIRLOT, *Les cançons de l'amor de lluny*, Barcelona, Columna, 1996, pág. 16.
4. Sobre el amor, en AAVV., *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Bilbao, Mensajero-Sal Terrae, 2007, pág. 152-153.
5. Véase el prólogo de Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual en Chr. de TROYES, *El Caballero de la Carreta*, Madrid, Alianza, 1998, pág. 8-9.
6. V. CIRLOT, *Figuras del destino. Mitos y símbolos de la Europa Medieval*, Barcelona, Siruela, 2005, pág. 87.
7. Chr. de TROYES, *El cuento del Grial*, Madrid, Alianza, 1999, pág. 47.
8. Es muy sugerente el artículo de X. Leon DUFOUR referido al nombre en la tradición bíblica en *Vocabulario de teología bíblica*, Barcelona, Herder, 1966, pág. 520-524.
9. Me he permitido traducir literalmente esta frase ilustrativa situada en X. Melloni, *El Desig essencial*, Barcelona, Fragmenta, 2009, pág. 139.
10. Véase la nota 119 de Carlos Alvar en de TROYES, *El Cuento...*, pág. 135.
11. «La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad» [EE 46].
12. MHSI, *Fontes narr.* I, pág. 204.
13. K. RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe*, Barcelona, Herder, 2003, pág. 216.
14. Ef 1, 3-11.
15. «Cuando los días son largos, en mayo, me es agradable el dulce canto de los pájaros de lejos y cuando me separo de allí, me viene el recuerdo de un amor de lejos. Abatido me quedo y cabizbajo de deseo que ni el canto ni la flor del albespino no me placen más que el invierno helado» (CIRLOT, *Les cançons...*, pág. 59).
16. H. U. von BALTHASAR, *Sólo el amor es digno de fe*, Salamanca, Sígueme, 2004, pág. 103.
17. Los ideales caballerescos del *Amadís* son presentes en el imaginario de Ignacio de Loyola, sin duda alguna. No es el tema central de la presente reflexión. Muy interesante sería el estudio específico de esta obra caballeresca con todo su potencial y la figura de Ignacio de Loyola. Estudios importantes son, entre otros, J. PLAZAOLA (ed.), *Ignacio de Loyola y su tiempo*, Bilbao, Mensajero, 1992, pág. 129-159. O bien, la reflexión más clásica de P. de LETURIA, *El gentilhombre Íñigo de Loyola en su patria y en su siglo*, Barcelona, Labor, 1949, pág. 57-102.
18. R. G. MATEO, «El mundo caballeresco en la vida de Ignacio de Loyola. Revisión de la imagen militarista», en *Ignacio de Loyola. Su espiritualidad y su mundo cultural*, Bilbao, Mensajero, 2002, pág. 37.
19. T. de KEMPIS, *Imitación de Cristo*, Libro III, capítulo V, n. 4.
20. «Cartas a un joven poeta, a Franz Xaver Kappus, 14 de mayo de 1904», en RILKE, *Sobre el amor*, pág. 11.
21. Nótese que no son ningún manual de cómo rezar o meditar. Hace poco una persona me comentaba su dificultad de entender los Ejercicios. Yo le decía la típica pero importante frase: Los Ejercicios son para realizarlos, para vivenciarlos y no para leerlos puesto que del amor no se debe tanto hablar sino que se debe vivir. Aquí es donde reside nuestra propia aceptación como seres capaces de amar, la aceptación del otro como ser igual pero diferente y la aceptación del Mistero llamado Dios, un Dios-con-nosotros.

22. Traducción propia de G. CUCCI, «Il perdono secondo Paul Ricoeur», *La Civiltà Cattolica*, 3.812 (2009), pág. 145-153.
23. RILKE, *Sobre el amor*, pág. 14.
24. TROYES, *El Caballero...*, pág. 22-24.
25. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est, Dios es amor, Primera carta encíclica*, Madrid, San Pablo, 2006, pág. 35.
26. Simon Delcloux, «Libertad para elegir», en AAVV., *Ejercicios Espirituales y mundo de hoy*, Bilbao, Mensajero-Sal Terrae, 1991, pág.129.
27. Definición de “libertad” dada por R. ARGULLOL, *Breviario de la aurora*, Barcelona, Acantilado, 2006, pág. 73.
28. P. LEVI, *Si esto es un hombre*, Barcelona, De Bolsillo, 2005, pág. 13.
29. No hace mucho alguien me iluminó la distinción entre identificación e imitación. Ignacio de Loyola viviría las dos. En primer lugar, esa imitación a Cristo leídas en las *Vitae Christi* de donde le viene su interés por peregrinar a Jerusalén y su obcecación en quedarse allí. En segundo lugar, la identificación será fruto del discernimiento y de la aportación de los dones de la persona en la construcción del Reino de Dios.
30. W. H. SCHMIDT, *Introducción al Antiguo Testamento*, Salamanca, Sígueme, 1999, pág. 154.
31. Por ‘ethos’, concepto griego, se entiende el comportamiento, el hábito. En cambio, ‘ius’ es el término latino para expresar norma o la ley.
32. J. A. GUERRERO - D. IZUZQUIZA, *Vidas que sobran. Los excluidos de un mundo en quiebra*, Santander, Sal Terrae, 2003, pág. 200.
33. V. CIRLOT, *Figuras del destino. Mitos y símbolos de la Europa Medieval*, Barcelona, Siruela, 2005, pág. 88.
34. TROYES, *El cuento...*, pág. 126-127.
35. Me remito a la nota de la Aut n.99 de la edición de la Ed. Mensajero-Sal Terrae en la que expresa la definición nominal de Ignacio como Peregrino en la «sublime naturalidad» de su unión con Dios y la devoción constante a «encontrar a Dios en todas las cosas».
36. Es de Woody Allen la célebre frase: «El sexo sin amor es una experiencia vacía pero como experiencia vacía es una de las mejores».